

"Shelebres" que son.....

Sólo por esta razón, por ser célebres ya en vida, merecen figurar en las crónicas Pello Zabaleta y algunos otros tipos clásicos del buen humor renteriano.

Verdad es que Pello nació más bien en Articutza, porque fue allí donde se abrió a la vida poética, que es la suya propia.

—¿Y eso cómo fué, Pello? —le pregunté yo el otro día cuando tuve el honor de conocerle.

—Arranchero —me contestó.

—¿Cómo?

—Pinche que le "hasía" yo con carboneros.

Esto en el idioma de Pello y según la explicación de su hermano Juan, que es también su mejor exégeta, quiere decir que, siendo todavía un mozalbete, estaba Pello en Articutza con otros carboneros haciendo traviesas para el ferrocarril del Norte...

¡Hay que ver lo listo que es Juan, para saber que una soía palabra de Pello quiere decir todo eso! Y todavía sigue, porque ya verán ustedes lo que ocurrió después. Ello es que Pello era pinche de los carboneros, y como los pinches y el tranvía son los seres que más se entretienen por el camino, un día que le mandaron a Pello a no sé qué recado, se metió por el bosque a buscar nidos de tordos, y se quedó dormido al pie de un roble. Estando así dormido, vino una musa y le picó. Se despertó Pello y empezó a hablar en verso, todo seguido, todo seguido, que no podía detenerse.

Uno de los carboneros le dió entonces un susto muy grande, diciéndole de repente que se habían secado todas las viñas, y así fué como se paró un poco; pero le quedó ya para siempre esa propensión a exteriorizar sus impresiones en forma rimada. En prosa vulgar es muy parco de palabras, pero en verso...

—¿Cuánto tiempo serías capaz de estar insultando en verso al que se te pusiera por delante, Pello?

—Habiendo sidra, todo el día también, sí.

—¿Y con vino no carburas?

—Malo no es tampoco cuando es bueno.

Yo no sé si fué con vino o con sidra, pero he venido a saber que en cierta ocasión, Pello y el célebre y ya fallecido "Chirrita" tuvieron una famosa disputa rimada a la puerta de una taberna de Oyarzun. Empezó a media tarde. Cuando los parroquianos y el tabernero se fueron a acostar, Pello y "Chirrita" seguían diciéndose lindas rimas poéticas. Ascendieron por el cielo las estrellas, se habían levantado ya las gallinas, y ellos no se cansaban de lanzar gallos. El tabernero tuvo que darles una ducha fría desde el balcón para descargarles el alto voltaje poético que se les había condensado en la cabeza.

Hay otros muchos episodios que prueban también los efectos que en Pello produjo la picadura de la musa. Hallándose en otra ocasión en una sidrería de Lezo, pasó por la puerta una vieja aldeana que iba buscando la Basílica del Santo Cristo. Vió a Pello y le preguntó en vascuence:

—¿Ya sabes tú dónde está Cristo?

Repentinamente la contestó Pello:

Atzo bat etorri zail
oju eta txisto,
seriyo galdetu dil
nun hizi dan Cristo,
vo loqués no conozko
tampoco le visto
engañatuko nifun
ez pabegon listo.

Antes de ser soldado, Pello sólo hacía versos en vascuence. Pero desde que estuvo en Burgos, aprendió a hacerlos también en castellano. Se copian aquí, como demostración, los que un día le dedicó a Castro, el tabernero de Oyarzun:

Castro es muy valiente
donde no hay enemigo.
Ahora la palabra
tienes conmigo.
En verdad y de veras
yo a tí te digo,
porque eres un hombre
tonto, presumido,
vergüenza perdido
siempre has tenido;
tú sobresalido
aquí has venido.
¡El diablo te lleve
a su partido!

No se sabe, en cambio lo que Castro le contestó a Pello ni cómo terminó la discusión, porque cuando dos versolaris, a la puerta de una taberna, se encarrilan por el camino fácil de un consonante en ido, nunca es fácil saber adónde van a parar.

José Artola Barrera, el artillero de la Banda Municipal de Rentería, es el hombre más bueno y más servicial del mundo. Sería también el más valeroso, si no tuviera tanto miedo a los cohetes.

El secretario de la Banda, Añón, le encargó a él de dispararlos un día de la Patrona Santa Cecilia.

Artola se resistía con diversas razones, que en el fondo ocultaban un vago respeto a la pirotecnia.

—Lo que tú tienes es miedo, ¿Y tú has servido en Artillería? ¡Vaya un artillero! —le increpaba Añón.

—Trae cañón, y ese ya te dispararé. Pero cohetes ni demonios... déjame a mí en pas de cohetes.

Sin embargo no había más remedio. Artola tenía que ser el que disparara los cohetes, porque los demás compañeros de la agrupación, en día de tanto ruido, ya tenían bastante que hacer con soplar en las trompas y en el clarinete. Con infinita paciencia y con un poco de rocarronería, Añón le explicó a Artola cómo tenía que desempeñar su misión.

—Verás: se coge el cohete así, con la mano izquierda; se le aplica el fuego con la derecha; luego se le tira al aire y ya está... ¡Si es facilísimo!

—Bueno, bueno, ya haré, si te empeñas.

Y llegó el día de la fiesta. No se puede negar que Añón le había dado a Artola una lección completa de cómo se dispara un cohete. Pero se la había dado con una caja de cerillas, y sabido es que, las cajas de cerillas no se llevan en el bolsillo atadas a un palito como el que tienen los cohetes. Añón no tenía la culpa de eso, pero tampoco la tuvo Artola de que por tal motivo, la lección resultara un poco incompleta. De ahí es que, al disparar el primer cohete se puso a dudar si la varilla habría de colocarse hacia arriba o hacia abajo. Por lo que en seguida pudo verse, le pareció más bonito colocarla hacia arriba... Aplicó el fuego a la mecha, el fogonazo le quemó los dedos, y como el cohete mostraba una decidida repugnancia a marcharse hacia las nubes, se

le sacudió con tan mala fortuna que fué a parar contra el paquete de varias docenas de ellos que él mismo llevaba debajo del brazo...

Lo que allí ocurrió entonces lo describiría el Dante mejor que yo. No tengo inconveniente en reconocerlo, porque a mí las escenas de horror no me entusiasman. Artola es una buena persona, ya lo he dicho antes. Y daba mucha pena verle metido de repente en un círculo de fuego, dando saltos y manotadas para librarse de aquellas centellas que le brotaban de los sobacos, le estallaban en los pies y se le enroscaban a las piernas como serpientes enloquecidas por el fuego que les habían puesto en la cola... Los chiquillos huían despavoridos llamando a sus madres, las viejas en los balcones se santiguaban creyendo ver al propio Satanás entre exhalaciones infernales y hasta las semitusas daban muestras de consternación al salir por la boca de los trombones.

Cuando Artola pudo escapar de entre los malditos cohetes, echó a correr y no paró hasta la farmacia más lejana. La más próxima no la vió, de loco que iba. Al salir de allí, llevaba en su cuerpo más gasas que una novia rica de esas que se casan por la tarde.

Con sus 46 años se marchó Zorrotz a Rusia. Pero lo que él dice:

—¿Qué importan los años? Lo que hace falta es coñac. Con buenas copas de coñac yo sólo me tomo Moseú.

A Zorrotz casi se le ha olvidado que se llama Marcelo Bengoechea, que es el nombre con que le inscribieron en el Registro Civil y con el que hizo su ingreso en el honrado cuerpo de barrenderos de Rentería, del que es rabbe por méritos propios. Todo el mundo le conoce por el remoquete que le ha dado popularidad y que él mismo acepta como su verdadero nombre.

Ya durante nuestra guerra dejó Zorrotz la

escoba por el fusil para ir a luchar contra los rojos. "El comandante de los burros" le llamaban los requetés acá por el Norte. Pero nadie piense que el título tenía nada de deshonoroso. El mismo me ha explicado:

—Se necesitaban en la Compañía unos animales para el transporte. Fueron algunos a buscarlos y se trajeron uno o dos borriquillos que no servían para nada. Fuf yo, y a las pocas horas volví con una ringlera de 100 burros. "¿Pero de dónde traes eso?, me decían todos asombrados. "Tema, pues de donde lo había" —contestaba yo. Después de traerlos tuve que ser yo también el encargado de cuidarlos. Por eso me dieron el título de "comandante de los burros".

—¿Revalidaste el título en Rusia? —le he preguntado.

—En Rusia no hay borriecos. O es que lo son todos. ¡Qué tierra, Dios! De allí no podía salir más que lo que ha salido. A Rusia llevaba yo, para que vean lo que es bueno, a todos los que sueñan con el comunismo.

—Y yo también. ¿Pero tú no tuviste por allí alguna aventura extraordinaria?

—Muchas. Pero la única vez que creí morir fué una noche que tuve que ir a llevar la cena a una patrulla de nuestra Compañía, que estaba destacada en una posición del frente. Me cogió en el camino una ventisca de nieve y no podía avanzar un paso. Más de dos horas estuvimos los mulos y yo metidos en la nieve hasta el cuello. Ya me había resignado a no volver a ver las fiestas de la Magdalena, cuando oigo que me gritan al lado: "¿Qué haces aquí tan tranquilo, si estamos todos muertos de hambre?" Era el sargento, que aun venía metiendo prisa.

Afortunadamente Zorrotz piensa aprovechar muy bien este año el programa de las Magdalenas.

JUAN DE HERNANI

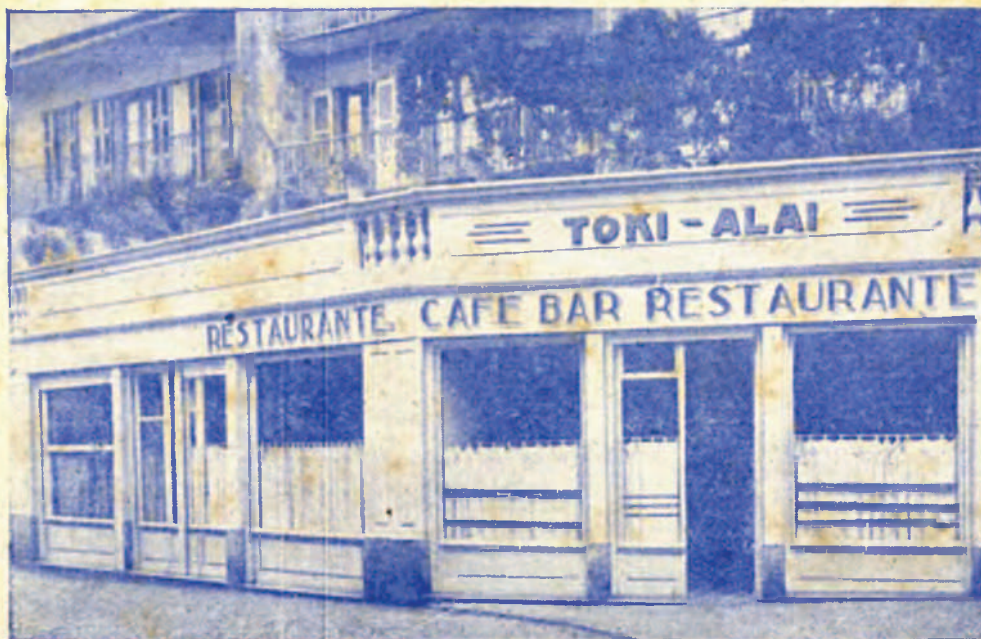
PARA COMER BIEN

«TOKI-ALAI»

Bar-Restaurante

Espléndida Terraza

Servicio económico y esmerado



Tranvía a la puerta
cada cinco minutos

Teléfono 6.073

RENTERIA